

Durante el peregrinaje, la conciencia está dominada por la idea de que el cuerpo horriblemente descompuesto de Tanilo es un estorbo. Pero tan pronto como muere, la piedad toma posesión de los protagonistas, piedad que hace más vivo a Tanilo una vez que lo han matado: ⁸ como un fantasma, el cadáver comienza a perseguirlos y en el viaje de retorno no pueden tocarse. Resulta entonces que el problema no era la presencia física de Tanilo sino la culpabilidad de ellos, que aquélla representaba, que literalmente encarnaba. Pero este reconocimiento ya es inútil, porque está separado por un abismo en el tiempo, del momento en que podía haber servido. (Por supuesto sólo podría haber servido al existir una posibilidad de transformación de la realidad.)

La oposición entre el deseo, por un lado, y, por el otro, la piedad y la culpa, se repite en el contraste entre dos tipos de realidad, lo animal y lo humano; aquél, que pone en suspenso a la moral, amenaza destruir éste. Los peregrinos se parecen a «un hervidero de gusanos apelotonados bajo el sol» (pág. 60) y el rumor de sus oraciones, al mugido del ganado, siendo esta imagen la primera de varias parodias al cristianismo. Dentro de la iglesia de Talpa, las oraciones hacen «un ruido igual al de muchas avispa espantadas por el humo» (pág. 64). Lo específicamente humano, el lenguaje, se vuelve un ruido puramente animal. Pero el área principal de la «animalización» es el cuerpo de Tanilo. La pus de sus llagas es como «goma de copal» (pág. 56) y el olor que emite, como el de un animal muerto, se penetra en todo sitio. La piel, ese límite «moderno» y racional del ser, ya no lo contiene. El derrame horroroso persiste hasta que lo sepultan: «Es de eso de lo que quizá nos acordemos aquí más seguido: de aquel Tanilo que nosotros enterramos en el camposanto de Talpa; al que Natalia y yo echamos tierra y piedras encima para que no lo fueran a desenterrar los animales del cerro» (pág. 65). La esfera real de los animales, ausente hasta este momento, vuelve al separarse lo humano y lo animal. Con Tanilo debajo de la tierra se produce una sensación de alivio. Pero una lectura detenida de este párrafo, el último del libro, revela que también hay una significación opuesta: el Tanilo que recuerdan es el que les impide tocarse por haberse vuelto aún más vivo. El final nos lleva otra vez al principio y el viaje —y la lectura— recomienzan.

Como dice Georges Bataille, el cadáver «testimonia una violencia que no sólo destruye a un hombre sino que destruirá a todos los hombres» ⁹. No sólo amenaza a los que quedan sino al mismo orden social. La palabra que utiliza Bataille, «contagio», resulta bastante apropiada a la descripción final de Tanilo:

Tal vez los dos tenemos muy cerca el cuerpo de Tanilo, tendido en el petate enrollado; lleno por dentro y por fuera de un hervidero de moscas azules que zumbaban como si fuera un gran ronquido que saliera de la boca de él... De aquel Tanilo a quien ya nada le dolía, pero que estaba como adolorido, con las manos y los pies engarruñados y los ojos muy abiertos, como mirando su propia muerte. (pág. 65).

El hervir de las moscas sugiere que lo animal ha tomado posesión de él; está

⁸ Sobre la ausencia de la piedad cristiana en los cuentos de Rulfo, ver ANGEL RAMA: «Una primera lectura de "No oyes ladrar los perros"», *Revista de UNAM*, 29, núm. 12, agosto 1975, págs. 1-8.

⁹ GEORGES BATAILLE: *El erotismo*, Barcelona, Tusquets, 1979; pág. 65.

muerto pero el horror de su propia muerte parece hacerlo vivir, en una parodia grotesca de la resurrección del cuerpo.

En cierto momento, el protagonista dice: «comienzo a sentir como si no hubiéramos llegado a ninguna parte; que estamos aquí de paso» (pág. 65). Estas palabras articulan y simultáneamente degradan el símbolo central del cuento, el del viaje. No se cumple el significado tradicional del cambio. El movimiento diario del día a la noche absorbe el otro significado y por eso el tiempo se traslada a un plano mítico. El viaje que empezó en un plano termina en otro: nunca terminado y siempre empezando de nuevo, es semejante al movimiento repetido de la conciencia, del deseo a la culpabilidad, y otra vez al deseo.

WILLIAM ROWE
Department of Spanish
King's College London
Strand
LONDON WC2R 2LS

